

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 533.

MURCIA 22 DE JULIO DE 1900.

La Juventud Literaria

CASTIGADA

A mi buen amigo, Manuel
Más, en testimonio de fraternal
cariño.

—*—*—

Al divisar Ernesto la cabecita de Consuelo, adornada con rizos y bucles de inestimado arte, de ese arte dada por la naturaleza, y sentir su alma iluminada, por los radiantes destellos de los luceros con que el cielo había engalanado su rostro angelical, el amor que su pecho inflamaba, le hacía atravesar con vivacidad suma la distancia que le separaba del objeto de su dicha.

La obsesión que en su ser causaban las arrobadoras frases de su cariño, emblema de la sinceridad y la pureza, era de tal índole, que las potencias de su alma dejando de funcionar en el mundo exterior se posesionaban del planeta de las ilusiones. ¡Y allí, qué quimeras, qué alucinaciones, qué sueños!

El contacto de su mano de escultural belleza, los graciosos movimientos de sus voluptuosos labios, al manifestar el amor, ora por la palabra, ora por la sonrisa, la indefinible expresión de ternura de sus preciosos ojos creados indudablemente para la fascinación, y en fin todos sus encantos, todas sus gracias, producían en su espíritu un mágico arrobamiento,

Sus frases de amor tan armoniosas como el canto del ruiseñor, tan dulces cual la nota más delicada; el tibio calor prestado por sus caricias; la sonrisa de frescura y delicia, idéntica al capullo que empieza a abrir le hacían sentir efectos de incomparable dicha.

Más llegó un día en que maldijo el primer suspiro que de su pecho saliera por Consuelo. El que rindiéndola ferviente adoración se creyó feliz amándola y siendo correspondido; él que vivía por ella y para ella fué engañado. ¡Y en qué forma tan cruel é ignominiosa!

Pero ni podía, ni debía consentir le arrebataran lo que era suyo, porque suyo lo consideraba. La había conocido muy niña y a su lado se hizo mujer. Con ella compartió en la infancia en juegos, risas y alborozos. Con Consuelo se reunía cuando salía del colegio y tanto las horas dichosas como las amargas juntos las saborearon.

Era pues imposible olvidar lo que al calor del tiempo se había formado en su alma. Era la labor diaria, el fruto de la constancia lo que precisaba destruir. ¡Temeraria empresa arrancar de un solo golpe lo que raíces tan profundas había echado!

Y al reflexionar acerca de su desgracia la duda tenía entrada en su espíritu y un rayo de esperanza consoladora mitigaba su acerbo dolor: ¡Las grandes desgracias no se creen!

Era necesario verla, hablarla, ¡y para qué! para convencerse de su desgracia y al palpar la incua realidad, tener que matarla, ¡oh! esto era horrible... pero ¿y si afortunadamente sucediera lo contrario? ¡ah! entonces en vez de coger la cabeza de Consuelo para deshacerla entre sus nerviosas manos se arrojaría a sus plantas y la bendeciría y su boca que si había mentido debía tajarla para siempre, la cubriría de besos. Sí, era necesario verla; en sus ojos, en aquellos ojos que él adoraba, tenía que leer el «te quiero» que le llenaba de alegría el alma.

Y llegada la noche fué a ver a Consuelo, valeroso, con muchos alientos y no pocas esperanzas, y

la halló en la reja donde horas tan felices había pasado.

Cariño, promesas, juramentos evocó a la pérdida que su corazón destrozara. ¡Inútil tarea la suya! Luchaba con un alma helada por el más grosero positivismo. ¡Pobre Ernesto!, la sangre afluyó a su cabeza y en su corazón caía como plomo derretido la frase fría, la palabra de desprecio.

Esta situación no podía prolongarse, era muy infame el proceder de Consuelo. Unía a la infamia la desvergüenza y no podía sufrir más. La primera destruía su idea, el sueño de su vida; la segunda, ¡ah! la segunda le hacía perder el juicio, llevaba a su inteligencia pensamientos criminales, porque el ultraje a su amor y a su dignidad no lo podía tolerar de nadie y menos de la mujer que idolatraba ¡qué hacer en trance tan supremo!, desgarrada el alma a girones, perdida la razón, llegó a exaltarse desmedidamente al oír de labios de Consuelo: no sé que esperas, entre nosotros todo ha concluido, tú me ofreces amor, él me da dinero, tú una posición modesta, él una brillante, anda, anda, no seas necio. Y estas palabras vibraron en su alma con la misma fuerza que el trueno en las sinuosidades de los montes.

No hizo más que mirar a muy fijamente y rápido como el rayo pasó la mano por entre los hierros de la reja, y asiendo a Consuelo de una muñeca la atrajo hacia sí diciéndola: los miserables como tú no deben vivir. Un grito mezcla de miedo y dolor dejóse oír, y al momento acudieron personas que separaron a Ernesto de aquella reja tan dichosa como funesta.

Enero con sus fríos y escarchas, sus nieves y lluvias ha sentado sus reales. La noche oscura y solitaria fría y lluviosa causa miedo.

Dos voces, una que grita: sereno, otra que dice: va, rompen la monotonía de la noche lóbrega y triste.

—Me haría el favor de ayudarme a subir esta mujer.

—Ya lo creo, señorito.

Y la mujer que cobijada en el umbral de la puerta, teniendo por cama la dura piedra y por abrigo la madera, está casi yerta y no dá señales de vida es colocada en una cama. El pulso es débil y desigual, la respiración ahogada y difícil.

El rostro del hombre que la examina muy detenidamente se torna pálido, y una ligera contracción se dibuja en sus labios. ¡Será posible!, se le oye decir. Estas facciones, esta frente me la recuerdan... pero, no, no es ella... ¡oh! sí, este lunar en la garganta... es Consuelo, ¡Consuelo! ¡Consuelo! ¿no me oyes? soy yo Ernesto.

¡Oh! dicha, á abierto los ojos y se ha animado su mirada al ver á Ernesto; mas no puede moverse, ha querido incorporarse y las fuerzas la han faltado. ¡Infeliz! está moribunda.

Coge con sus manos los de Ernesto y se las lleva á sus labios, las cubre de besos y en el estertor de la agonía dice desgraciada... no me quería... la miseria... perdón... adiós... me muero.

¡Oh! Dios mío, muerta, muerta, y en mi lecho. ¡Consuelo! ¡Consuelo! bien castigada has sido.

Y un raudal de lágrimas brotó de los ojos de Ernesto.

EMILIO BELMAR.

